

LA ACADEMIA CALASANCIA

Fundador: Rdmo. P. Eduardo Llanas, escolapio

CONSULTOR DE LA SAGRADA CONGREGACIÓN ROMANA DEL INDICE



EN SUFRAGIO DEL ALMA

DEL

RDMO. P. EDUARDO LLANAS

DEL ROSARIO

Vicario General de las Escuelas Pías de España y Ultramar

Consultor de la Sagrada Congregación Romana del Índice
y Socio correspondiente de la

Real Academia de Buenas Letras de Barcelona

y en virtud de un acuerdo

DE LA

ACADEMIA CALASANCIA

de la que fué fundador y director

se celebrará una misa á las nueve de la mañana del día 14 de los corrientes, cuarto aniversario de su fallecimiento, en la Iglesia de San Antón de PP. Escolapios.

R. I. P.

No se invita particularmente

Barcelona, julio de 1908

UN RETOÑO DEL ÁRBOL CALASANCIO

VII

Era esencialmente activa la vida de los Hermanos Cavanis. Llamábalos la Providencia á la parte de Marta más bien que á la de María. Pero, por esto mismo precisamente, aparece más admirable el espíritu de oración de que estaban singularmente animados.

En las conversaciones sobre Dios ó la Religión, en la celebración de la Santa Misa ó rezo del Oficio Divino reflejábale el alto espíritu de oración de su fervorosa alma. Mientras rezaba Maitines una tarde el P. Marco, contemplábalo el Cardenal Jalconieri, Arzobispo de Rábena, que en 1840 se refugió en Venecia y honró varias veces con su presencia el Instituto, y quedó de tal modo admirado de su recogimiento que acercándosele sin que él lo advirtiera le besó la mano con que sostenía el Breviario. Fruto del espíritu de oración de que vivía, era la sencillez de alma, la pureza de intención con que sólo buscaba á Dios y el cumplimiento de su amabilísima voluntad. En todas las circunstancias, aun las menos apropiadas para ello, descubría siempre la amorosa mano de la Providencia. Probó el Señor al P. Marco, en sus últimos años, con una desoladora aridez de espíritu, medio con que sin duda acrisoló más y más hasta un alto grado de perfección aquella su alma privilegiada.

El mayor de los Hermanos sufrió en los últimos años de su vida una enajenación mental acompañada de violentas convulsiones. En medio de sus tristes aberraciones se le oía exclamar á menudo: «Te ruego, oh Señor, que yo sepa orar como sabes y quieres que lo haga.» Era su jaculatoria familiar y frecuente como desahogo de su corazón piadoso: «Sea cumplida, alabada y ensalzada eternamente la justísima, altísima y amabilísima voluntad de Dios en todas las cosas.»

Cuan perfectamente concordasen tales sentimientos con las acciones de su vida lo revelarán con la mayor claridad

dos hechos. Teniendo la vista débil desde la juventud, fuéla perdiendo paulatinamente hasta que plugo el Señor ejercitar su virtud con una total ceguera. Nunca salió de sus labios una queja ó exclamación de deseo, y ni aún se pudo lograr que pidiese á Dios que se la devolviera, si tal era su beneplácito. A un amante hijo suyo que le proponía que se encomendase al mártir S. Florencio, por cuya mediación había recobrado la vista un Padre Escolapio, que la tenía casi perdida, le contestó: «Si el Señor se ha dignado mandarme esta tribulación ¿no la aceptaré con todo rendimiento?» E insistiendo el otro en que lo hiciese por la gloria de Dios y por el bien de la Congregación, no dió otra contestación que ésta: «Dejemos hacer á Dios.»

Amábanse entrañablemente ambos Hermanos. «Somos, decía el P. Marco, como el águila imperial, que tiene dos cabezas y un solo corazón». Por ahí podremos colegir qué honda herida debió abrir en el corazón del P. Antonio la muerte de su queridísimo Hermano. ¡Cuán admirado y edificado quedó quien le anunció tan triste noticia, al ver la resignación con que la recibía! Juntó las manos con piadosa actitud y exclamó: «*Te deum laudamus: Te Dominum confitemur*». Dios mío, os agradezco todas las gracias y misericordias con que habéis atendido á mi Hermano durante toda su vida, y especialmente por la última, con que confío habéis coronado todas las demás, concediéndole la perseverancia final y llamándolo á Vos en vuestra gracia.» Y repitió muchas veces: *Fiat voluntas tua*, rogando por el eterno descanso de su inolvidable Marco.

Tales hechos, por lo espontáneo é ingenuo que en ellos se descubre, son indicios inequívocos de virtud consumada y de perfecta unión con Dios.

A las eximias cualidades y sólidas virtudes que embellecían el alma y formaban el carácter de los hermanos Cavanis, agregábase una invencible fortaleza. El ánimo fuerte todo lo inmola al cumplimiento del deber; el soberbio lo olvida fácilmente para ir en pos de sus ambiciosos anhelos. Era extraordinaria é insuperable la fortaleza de nuestros biogra-

fiados, porque su humildad era sincera y profunda. Consiste y se revela la fortaleza en emprender y sufrir. Las dificultades de la obra de la educación son muchas y de no escasa monta. Pondrá siempre á dura prueba la fortaleza del educador el acomodarse en todo á una edad tierna, irreflexiva y voluble, el obtener la indispensable fijeza de atención en inteligencias que mariposean de continuo, el formar el corazón de suyo indiferente á todas las impresiones é inclinado á desviarse con suma facilidad por lisonjeras apariencias, el saber persuadir á una alma sencilla é ingenua que se abre á la vida la inminencia de serios peligros que por doquier la cercan. Con sobrada razón juzgaba San Juan Crisóstomo la educación de la niñez como la más excelente de todas las artes y al educador como miembro singularmente benemérito de la sociedad. Será indicio seguro de ánimo esforzado y valeroso el consagrarse á esta obra con amplitud de miras, recta intención y corazón generoso, atento al bien individual y á la mejora de la sociedad, máxime cuando la educación está descuidada ó sometida á influencias malsanas, sin arredrarse ante obstáculos y dificultades sin cuento. Así obraron puntualmente los hermanos Cavanis.

No menos que la prontitud en emprender, la magnanimidad en continuar y permanecer constantes hasta el fin es fruto precioso de generosa fortaleza. Habiendo puesto la mano en el arado de su labor educadora los buenos sacerdotes no volvieron la vista atrás. Una vez conocieron con señales inequívocas que la educación cristiana de la juventud era el campo que la Providencia señalaba á sus desvelos trabajaron en él ahincadamente sin tregua ni descanso. Son máximas suyas, que les alentaban y mantenían su constancia las siguientes: «La guerra es del diablo, la causa de Dios; esto basta para no hacernos perder el ánimo. Las justas alabanzas que tributamos á San José de Calasanz por su heroica fortaleza, sean otros tantos estímulos para que también nosotros, á imitación suya, seamos fuertes».

De ahí provenía el que tan sincera como su humildad al acudir en demanda de consejo á personas experimentadas en

todas sus dudas, tan firme fuese también su constancia en las resoluciones que habían tomado. Cuando estaban bien persuadidos de que una cosa era aceptada al Señor no había súplicas, ni consejos, ni argumentos que pudieran desviarlos del camino emprendido. Con noble y leal franqueza, cuando lo requería el caso, manifestaban la verdad á todos sin respetos humanos, ni miramientos indignos: dote que especialmente resplandecía en el P. Marco de modo tan singular que el Cardenal Monico decía: «El P. Marco tiene el privilegio de decir lo que quiere sin que nadie pueda darse por ofendido de sus palabras». La primera vez que estuvo en Viena, hablando con el Nuncio Apostólico, condolióse éste amargamente de que se hubiese adoptado como texto de filosofía una obra impía y perniciosa en extremo, lamentando que sus gestiones para que fuese retirada hubieran sido inútiles. Al ser admitido á la audiencia del Emperador, el P. Marco, verdadero apóstol de la juventud, con todo el respeto y sin lisonjas cortesananas hizo recaer la conversación sobre los libros de texto y denunció hábilmente la obra filosófica de tendencias malsanas, consiguiendo que fuese prohibida por decreto imperial á los pocos días.

Una de las cualidades más apreciadas que el educador con su celo y ejemplo ha de infiltrar en el ánimo de los niños es una pureza inviolable. Cuando las artes, olvidándose de su sublime destino y alto origen, se prostituyen y se convierten en incentivos de pasiones peligrosas, y el vicio se adorna con las formas más lisonjeras y es llevado en triunfo, y los corazones maleados siguen la malhadada y diabólica tendencia de corromper á otros, propagando por mil medios infames el desastroso contagio del mal, sólo el celo extremado y la vigilancia continua de educadores dignos de tal nombre podrán conservar las tiernas almas inocentes en la estrecha senda del deber, protegidas con el escudo del santo temor de Dios.

Angelical é inmaculada conservaron esta virtud sobrehumana los piadosos Cavanis. Delicadísimos y de severidad inflexible consigo mismos y con los demás en cuanto se rela-

cionaba con la pureza, sus palabras y acciones eran intachables y transpiraban el suavísimo aroma de sus almas castas.

JOSÉ SOLER, Sch. P.

PROCEDIMIENTO PARA LA OBTENCIÓN DE LA ESPECIE QUÍMICA ÁCIDO FÓRMICO

En el laboratorio de química orgánica de la Facultad de Farmacia de Barcelona obtuvimos, no hace muchos días, el ácido fórmico, especie química pura.

Su ya lejana importancia, debida á ser el primer término de la serie de los ácidos grasos y tipo de los mismos, junto con el mucho uso que actualmente empieza hacerse de sus sales, los formiatos, en terapéutica, es la causa por la cual nos hemos decidido á divulgar, á dar á conocer desde las pá-
nas de esta Revista el mejor procedimiento para obtenerle, el procedimiento debido á Berthelot, el generalmente usado tanto en las grandes fábricas de productos químicos como en los modestos laboratorios particulares y al cual nosotros nos amoldamos.

Describiendo las operaciones por nosotros realizadas y seguidas en todos sus trámites, será la mejor manera, á nuestro entender, de dar á conocer con suma claridad el método de Berthelot para la obtención de ácido fórmico, que, como ya hemos dicho, es el más usado y el mejor, no sólo por la sencillez de sus operaciones, sí que también por ser el que mayor rendimiento nos proporciona.

Dentro una retorta de vidrio de capacidad conveniente colocamos, en proporciones ya determinadas, ácido oxálico y glicerina, añadiendo, además, para facilitar la reacción que tiene lugar, una pequeña cantidad de agua destilada; bien mezcladas estas substancias, adaptamos á la retorta una alargada y un recipiente, calentando la mezcla en baño de aceite de sésamo, al quedar el aparato que nos es necesario en

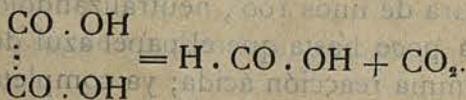
disposición de funcionar. Nosotros, por creerle más conveniente, preferimos el baño de aceite de sésamo al de arena, recomendado por la generalidad de tratados de química.

Lo que inmediatamente nota el operador en esta primera operación, es el que la masa pastosa contenida en la retorta va fundiéndose á medida que la temperatura aumenta y que se produce al propio tiempo una efervescencia que continúa durante toda la reacción, debida al desprendimiento de anhídrido-carbónico formado. También observa que entre las temperaturas del baño de aceite, 163° y 170°, la mezcla ya completamente fundida destila rápidamente, reuniéndose en el recipiente un líquido incoloro, movable, de olor picante, formado por una mezcla de ácidos fórmico y acético y agua en proporciones que no determinamos.

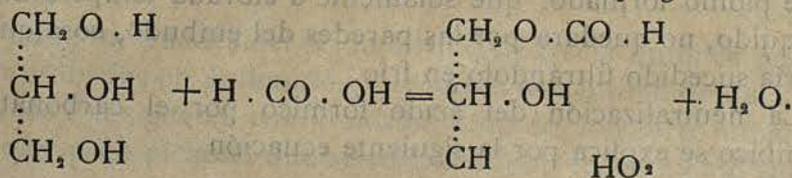
Concluída la operación quedaba en la retorta un residuo, que analizado y pesado, resultó ser la misma cantidad de glicerina que habíamos empleado, acompañada de pequeñas porciones de ácidos fórmico y acético; siendo esto la causa de que en un principio se creyera que la glicerina desempeñaba en la reacción solamente una función catalítica ó de presencia; pero más tarde, al conocerse ésta detalladamente, se vino en conocimiento del importante papel que en la misma desempeña la glicerina.

La reacción que se verifica tiene lugar en tres momentos y se expresa por las siguientes ecuaciones:

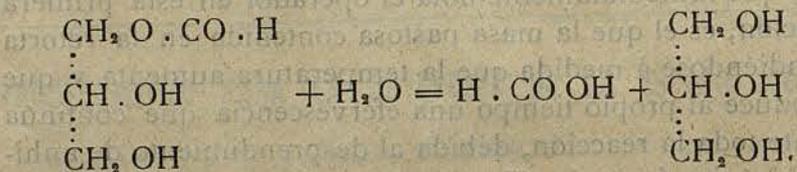
1.° El ácido oxálico por el calor se descompone en fórmico y carbónico.



2.° El ácido fórmico, en presencia de la glicerina, da lugar á la formación de un éter glicero-fórmico y agua



3.º Por la acción del agua se regenera la glicerina y desprende ácido fórmico; es decir, el agua saponifica el éter glicero-fórmico, lo descompone en glicerina y ácido fórmico.



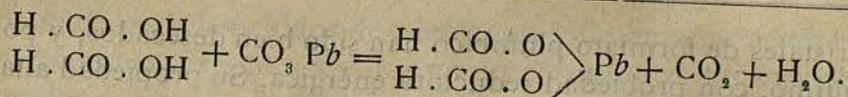
La formación del ácido acético es debida á reacciones secundarias que se desarrollan y que son inevitables.

Ya hemos dicho que el líquido obtenido en la primera operación era una mezcla de agua, ácido acético y ácido fórmico; por tanto, para obtener éste es necesario separarlo de sus acompañantes, resultado que logramos valiéndonos de un matraz de destilación fraccionada, enlazado con un refrigerante de Liebig y un recipiente, sabiendo de antemano y teniendo en cuenta sus respectivos puntos de ebullición, 103º para el fórmico y 120º para el acético.

Una vez lograda la separación del ácido fórmico del acético, podríamos dar la operación por terminada, hacer punto final, si nuestro objeto fuera solamente el obtener el ácido fórmico comercial y no el ácido fórmico, especie química pura.

Para lograr nuestros deseos neutralizamos el ácido fórmico obtenido con carbonato de plomo de la siguiente manera: Calentamos el ácido fórmico, manteniéndolo constantemente á una temperatura de unos 100º, neutralizándolo en esta temperatura poco á poco hasta que el papel azul de tornasol no daba la más mínima reacción ácida; ya completamente neutralizado, lo filtramos en embudo de dobles paredes, entre las cuales hicimos circular vapor de agua, á fin de que el formiato de plomo formado, que solamente á elevada temperatura es líquido, no quedara por las paredes del embudo, cosa que habría sucedido filtrándolo en frío.

La neutralización del ácido fórmico por el carbonato plúmbico se explica por la siguiente ecuación

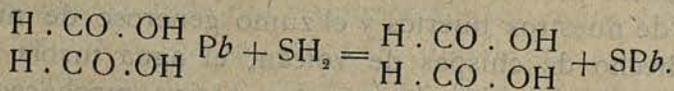


Lo que pasó á través del filtro lo recogimos en una cápsula de porcelana y dejándolo en reposo durante toda la noche y enfriar por sí mismo, encontramos á la mañana siguiente el formiato de plomo cristalizado en grandes y hermosas agujas, agrupadas en forma de estrellas.

Separadas estas hermosas agujas cristalinas de formiato plúmbico de las aguas madres por filtración, concentramos éstas hasta película y dejándolas en las condiciones anteriormente dichas de tiempo y reposo, obtuvimos nuevas agujas cristalinas, que junto con las primeras desecamos en la estufa del laboratorio.

Cuando en dos pesadas consecutivas no hubo diferencia de peso, es decir, ya bien desecados los cristales, los colocamos dentro una retortita de vidrio, unida por un extremo con un refrigerante de Liebig y un recipiente, y por el otro, por su tubulura, comunicando con un aparato productor de ácido sulfhídrico. Las cosas así dispuestas, calentamos los cristales de formiato plúmbico en baño de aceite, al mismo tiempo que hacíamos llegar hasta los mismos la corriente de sulfhídrico, notando en seguida que los cristales blanquísimos de formiato de plomo iban obscureciéndose paulatinamente por la formación de sulfuro de plomo, coincidiendo este fenómeno con la destilación de un líquido que recogido en el recipiente y comprobadas sus propiedades, resultó ser el ácido fórmico especie química pura.

La reacción que se verifica la expresamos por la siguiente ecuación



Las propiedades del ácido fórmico, especie química pura, comprobadas en el líquido obtenido en esta última operación, son las que siguen á continuación: Líquido, incoloro, fumante de olor poco picante, que se solidifica por enfriamiento si los

crisales de formiato plúmbico han sido bien desecados, y por último, con propiedad reductora enérgica. Su propiedad altamente reductora es la más importante, y, por ende, la que sirve para su reconocimiento.

J. OLIVAR.

ACCIÓN DEL CLERO ESPAÑOL EN LA GUERRA POR NUESTRA INDEPENDENCIA

Conferencia del P. Jiménez Campaña de las Escuelas Pías

en el Instituto de San Isidro de Madrid, con motivo de las fiestas del Centenario

«El amor á la Patria es grande y reverente, y heroico y poderoso, sobre la muerte; porque la Patria es el Dios de nuestros padres, más hermoso que todos los otros extranjeros y paganos dioses, y la fosa veneranda de nuestros abuelos, y la tierra donde nacimos y fuimos hombres, siempre amada, ya sea quebrada y hosca como Asturias, llana y ancha y melancólica como Castilla, ó siempre florida como la alegre Andalucía; y es, en fin, la historia augusta de nuestros príncipes y la legendaria tradición de nuestros héroes, más valientes y generosos de la vida que Roldanes y Durandartes.

Días, pues, de insignes memorias estos en que celebramos el centenario de la guerra por nuestra independencia. Días en que nos sentimos orgullosos de haber nacido españoles, pues venimos de raza de héroes, de aquéllos que amaron su independencia primero que la vida, y las jornadas azarosas de la guerra antes que los regalos de la paz, y antes que el sabroso bocado de nuestros huertos y el zumo generoso de nuestras vides, hecho de chispas de volcán, el agua turbia de los odres, robada de prisa al torrente y el trigo machacado con cascos férreos de bombas francesas dentro de los muros rotos de la inmortal Gerona. (*Muy bien, muy bien*).

Días de augustas memorias, en que nuestros abuelos pelearon *por las leyes y las cosas santas*, venid tintos en sangre

de mártires y henchidos de heroísmos y de hazañas á refrescar nuestro cerebro y á dar á nuestro corazón el ritmo de los latidos de aquellas jornadas homéricas, que piden á Jenofonte por historiador; porque vamos á discurrir sobre la acción del Clero español en la guerra por nuestra independencia.

I

POR QUÉ TOMÓ LAS ARMAS EL CLERO

No eran solamente invasoras del solar de nuestra Patria y allanadoras de nuestros hogares las huestes napoleónicas, que en son de amigos y con promesas ideales é intangibles entraron en la península ibérica; venían con intenciones desatentadas y bastardas á romper el vínculo de unión que hacía un hombre solo de aragoneses y castellanos, de los que beben el agua del Betis y tañen sus gaitas en las arboledas del Cabe y del Miño, de los que descansan del tráfago rudo de la industria bailando *sardanas* á orillas del Ter y el Llobregat, de los que ponen en nuestras manos las frutas más tempranas sazonadas con el riego del Turia y sol de Levante y de los que se asoman á la blanca y empinada cumbre del Veleta, como atalayas de Europa contra las invasiones del Africa..., puesto que venían á arrancarnos del corazón la fe de Jesucristo, aquella fe por la que todos los iberos tenemos hace diez y nueve siglos una Madre divina, á quien llamamos en el momento del apuro, por quien bendecimos todas las horas del día, por aquella santa hora en que vino en carne mortal á visitarnos y á la que vamos á buscar, sin miedo á las fatigas del peregrino ni á los acechos de la impiedad, y que se llama la Virgen del Pilar de Zaragoza. (*Aplausos prolongados*).

Por ella sin duda nos reunimos aquí alumnos y maestros, llamados por la voz patriótica de uno de sus amantes hijos que no tiene miedo en confesar su fe y en reverenciar su Patria en estos tiempos medrosos en que vivimos.

Y antes de seguir adelante, yo lo quiero saludar con voces de respeto y en él al Claustro de doctores del Instituto de San Isidro; y dar también la enhorabuena al joven catedrático de

la Universidad Central, D. Pío Zabala, por su brillante conferencia sobre el alzamiento de las provincias españolas, que me produjo el efecto de una oda de Píndaro, y agradecer públicamente á nuestro antiguo discípulo y catedrático de la Universidad, D. Andrés Ovejero, aquellas sentidas frases que dedicó en su hermosa conferencia á sus maestros de la Escuela Pía, escuela de amor á Dios y escuela de amor á las letras y á la Patria.

No era aquella guerra de invasión solamente, ni de persecución religiosa tan sólo. Si la Religión hubiera sido perseguida, como en aquellos luctuosos tiempos de Nerón, Calígula y Diocleciano, los Sacerdotes españoles hubieran encontrado ejemplos que imitar en aquellos numerosos Obispos que murieron por sus rebaños, y de Presbíteros y de Diáconos ilustres que acompañaron en la muerte á su Pastor y entregaron como corderos humildes su cuello á la espada y su cuerpo á los tormentos, mientras pedían á Dios perdón para sus verdugos. Pero además de ser guerra de persecución por nuestra fe, también fué de despojo del solar de nuestros padres, de burla de nuestras sacrosantas leyes, de infame desprecio de nuestras costumbres, de usurpación del palacio de nuestros príncipes y de cínico pillaje en la choza pajiza del pastor; y nuestros Sacerdotes, que bebieron la fe y el honor en pechos de madres españolas, que crecieron respetando las leyes de la Nación y comieron el pan de sus eras y compartieron con sus hermanos las estrecheces y regalos del hogar, y balbucieron la lengua de Castilla, delectando en las leyendas de sus héroes, y se llenaron de orgullo con cada una de las páginas de nuestra historia, y que si volvieron, al consagrarse á Dios, las espaldas á los placeres y seducciones del mundo, no las volvieron nunca á las lágrimas y desventuras de la Patria, exclamaron con San Pablo ante el inicuo Tribunal romano: *Cives hispani sumus*, somos hijos de España; y hurtaron el cuerpo al látigo del sayón, y aparecieron en las greñas de la sierra, ó arengando al pueblo contra las iras del tirano ó en los baluartes peligrosos de la sitiada urbe, émulos de Cisneros ante las murallas de Orán, para escuchar de

labios del guerrillero indómito lo que siglos antes el Arzobispo de Toledo, D. Rodrigo, en el trance más apretado de Las Navas, escuchó de boca de Alfonso VIII de Castilla: *Arzobispo, Sacerdote, yo é vos aquí muramos*, combatiendo en defensa de nuestro suelo. (*Aplausos ruidosos prolongados*).

Claro que el ser guerra también de Religión aumentó la indignación del Sacerdote; vió burlada y despreciada su fe y ofendido el Dios de sus padres, y despojada su iglesia de los cálices áureos y de sus cruces de plata y de aquellos paramentos y custodias tan ricas, como lo pedía la dignidad de nuestros misterios, y labradas con tanto primor que fueron maravilla de las artes y codicia de los ascendientes de Renán. Claro que el incendio de la Catedral de Solsona y de la Virgen del Tremedal, y en Zaragoza la explosión de la mina, que voló la suntuosa iglesia de Santa Engracia, donde los arcos y las columnas despedazadas protestan llorando por las artes del salvajismo de los invasores; y el incendio del Seminario y del convento de San José y el de Santa Catalina y el de San Agustín forzaron á cerrar los libros teológicos á los estudiantes y á tomar el arcabuz y la espada. Claro que el rapto obscuro de las Virgenes de Dios en Uclés y el fusilamiento en masa de Religiosos en Murviedro, Castellón y Valencia y el saqueo execrable de todas las iglesias de Córdoba, y la violación de doncellas y Religiosas en la misma iglesia de la Fuensanta, llenaron los bosques y las fragosidades de la sierra de Frailes armados, que lucharon hierro á hierro con los feroces granaderos de Napoleón y les recordaron que corría por sus venas españolas sangre de los soldados victoriosos de Pavía y heroísmo de los triunfadores en San Quintín. (*Aplausos y bravos*).

Sí, que aquellos Religiosos dados á la penitencia y á los hervores de la oración, humildes como la tierra y obedientes á la voz de su Pastor, se tornaron de pronto leones desmeledados, y el amor á la patria y á las cosas santas convirtió en su mente la amada Teología en la estrategia militar y los hizo dictadores en los desórdenes de la defensa común por la proximidad del enemigo, como al Padre Rico en Valencia, al

Padre Puebla en Granada, á Fray Mariano de Sevilla en la invicta Cádiz; y acompañando la obra á la palabra fueron soldados valerosos, puestos siempre en los lugares de mayor peligro cuando se trató de rechazar, como la roca rechaza las audacias hirvientes del mar, aquellas legiones invasoras y detentadoras de nuestros derechos. (*Muy bien, muy bien*).

II

LA VIRTUD DA EL VALOR Y NO EL VICIO

Y no fué hambre de reñir, ni deseo de empuñar las armas, ni de entregarse á la licencia de la vida militar lo que alentó su pecho para la guerra, porque la milicia tiene muchos enamorados en tiempo de paz, pero no son tantos sus amigos cuando ruge la guerra con la voz de sus cañones y el grito de los heridos ensordece el redoble y repicar de los tambores. Entonces el pendenciero valentón se esconde y apetece la calma del hogar, el que andaba preparando la adarga y remendando la celada y afilando la cuchilla de la pica; y el Cicerón de plazuela, incitador de guerras y mordaz de las costumbres del prudente, huye despavorido ante la bélica faz de Catilina; (*Muy bien*), y el enamorado rondador, jaque de encrucijadas y Tenorio impenitente, escucha por la primera vez de su vida los consejos de paz de las mujeres y se está á su resguardo. (*Aplausos*). Que no es el vicio amigo del valor, sino su más grande enemigo, porque sus devotos se olvidan del honor y pisotean la honra y se les importa un bledo la ignominia que cae sobre la frente de la Patria. Antes si la Patria fuere afligida y avasallada, ellos se estarán tranquilos en el mancillado hogar y aceptarán mercedes ponzoñosas de la ruindad del tirano; y vivirán alegres arrastrando las áureas cadenas é inclinando el cuello al yugo del invasor. Serán alcabaleros y jueces cohechadores, y cronistas y poetas de casa y boca de Muza y Tarif en la conquistada España; mientras el valor se llenará de ira, agitando cadenas en la hediondez del calabozo ó se alzará con Pelayo en las monta-

ñas astúricas, levantando la cruz para dar principio á las gloriosas jornadas de la Reconquista. (*Aplausos ruidosos*).

Y ésta fué la hazaña de los buenos Sacerdotes amantes de su Dios y leales á su Patria y á su rey en la guerra por nuestra independencia. Ellos pusieron á raya al tirano de Europa, aquél que deshizo el mapa del viejo continente con los cascos de los caballos de sus dragones; y fueron tan altas las empresas que llevaron á cabo, que el mismo Vizconde de Chateaubriand, aquél que en su poema *Los mártires del Cristianismo* puso sobre los cuernos de la luna el valor salvaje de los francos, que rugían las selváticas estrofas del Bardito y el honor de los galos, que atacaban, cantando el himno de los Druidas á las feroces regiones de Faramundo, exclama en un acto de la sinceridad que le era propia: «Los franceses se ensañaron en los Monjes españoles con aquel furor y odio á Cristo que aprendieron de Voltaire y que pusieron en práctica en los negros días del Terror, guillotinando vírgenes indefensas y Sacerdotes venerandos; pero aquellos encapuchados del Claustro montaron á caballo, y lanzándose á la pelea contuvieron los triunfos del vencedor de Ulma y de Marengo». (*Muy bien, muy bien*).

No tildó de descabellada Chateaubriand, siendo francés, aquella defensa del hogar y del templo, ni creo yo que, razonadamente y sin pasión de banderías, haya quien la tache en nuestro suelo, porque caería sobre él el estigma de deslealtad á la Patria. Mas por si hubiera algún espíritu descontentadizo ó farisiaco que se escandalizara de ver á los Ministros de Jesucristo arrojar con el látigo férreo de la indignación de la Casa santa del solar de la Patria á los que la invadieron con alientos usurpadores y la convirtieron en cueva de ladrones con sus latrocinios y rapiñas escandalosas, sepan que España escribe con letras de oro el nombre de aquellos Sacerdotes y los tiene por hijos fieles y los apellida héroes y mártires de la Patria. Porque

Dulce et decorum est pro patria mori,

como es infame y bochornoso besar las manos del invasor y entonar ditirambos de alabanza á su tiranía. (*Continuará*).

DESINFECCIÓN DE NAVÍOS

(Conclusión)

El ventilador y la dínamo que manda la corriente á las bobinas están movidos por un motor de esencia; este motor mueve directamente el ventilador y la dínamo por una correa que pasa por la polea y la del volante.

El motor de esencia es alimentado por el depósito de esencia. Los gases de escape del motor son evacuados por el tubo, y sirven, como hemos dicho, para calentar el anhídrido sulfuroso que llega al aparato; este tubo de escape se prolonga hasta la bola anterior derecha, después desemboca en la columna anterior derecha, que comunica directamente con un depósito de escape, colocado en la base del aparato.

La circulación del agua de refrescamiento del motor de esencia se verifica como sigue: una bomba movida por el motor aspira el agua de un depósito colocado en la base del aparato; el agua es enviada por la bomba al tubo, pasa al motor, lo refresca, y ella se calienta, pasando en seguida al tubo que la conduce á la base de la columna posterior derecha; allí circula de abajo arriba, alrededor del tubo de llegada de gas sulfuroso líquido, que calienta, empezando ella á enfriarse; llegada á la bola posterior derecha, pasa al irradiador, donde acaba de enfriarse; vuelve por último por el interior de la columna posterior izquierda al depósito, pudiendo circular de nuevo.

Dada la importancia de Barcelona, población la más floreciente de España, y puerto el más importante del reino, vamos á copiar los siguientes datos relacionados con el objeto de nuestro tema, y debidos á la amabilidad de nuestro primo, el Director de Sanidad de este Puerto, D. Rafael Bianchi.

Barcelona está muy mal dotada de material sanitario. Sin embargo, en caso de necesidad, se puede echar mano de

los aparatos que existen en una barraca ruinosa y que vamos á enumerar.

Hay en esta barraca dos estufas Geneste Herscher, que funcionan por el vapor á presión, dos cubos de inmersión, un pulverizador, una lejiadora de muy pequeño tamaño, una cámara muy reducida para desinfecciones por el formaldehido, y una habitacioncita para actuar en las mercancías con el ácido sulfuroso *sin presión*.

Para la desinfección en tierra de ciertos géneros y equipajes y para el lavado y baldeo de cámaras, camarotes y cantinas, no faltarían elementos si no se aglomeraran los barcos que hayan de someterse á saneamiento; pero lo importante, en puerto de tanto movimiento, consiste en poder llevar á cabo la desinfección sin previa descarga, condición imprescindible para la mejor defensa de la salud, como veremos, y extremo interesantísimo para el comercio. No debe ni remotamente pensarse que la desinfección de cargamentos pueda hacerse en tierra, en la estufa de vapor á presión, cuando la sulfuración no sea posible á bordo. Como los números dan idea exacta, exponremos el siguiente cálculo del citado médico. Debiendo ajustarse al Reglamento, cada acto de desinfección en la estufa ha de durar 15 minutos, cuyo tiempo, según su parecer, debe triplicarse para los géneros empacados, porque pruebas por él efectuadas en varias ocasiones, demostraron que desinfectando pacas en la estufa, la temperatura en el interior de la paca no llega á más de 15 grados centígrados, siendo en su exterior de más de 115. Pero supongamos que los 15 minutos sean suficientes y que debemos desinfectar un mediano cargamento de 15,000 pacas de algodón. No cabiendo en la estufa más que una, necesitaremos 156 días, ó sean más de 5 meses para el saneamiento de la carga de un solo vapor, á pesar de trabajar la estufa las 24 horas del día, y suponiendo que no se pierde ni un momento en cargarla y descargarla. Pero si para abreviar, y aun cuando la sulfuración no resulte eficaz por el actual procedimiento, la hiciéramos en la habitación pequeña de que disponemos, en la que pueden caber unas 20 balas su-

perpuestas, nos invertiría 12 meses, porque el género ha de estar en contacto con el gas sulfuroso por lo menos 12 horas. Así pues, la operación es verdaderamente impracticable por estos medios, aunque en la estufa ó en la habitación cupiera doble, triple ó cuádruple cantidad de balas.

De poder evitarse la previa descarga, se evitarían á la vez muchos gastos, pero ahora eso no pasa de un deseo contra el cual está la realidad. Ciertó que el Reglamento autoriza el empleo del ácido sulfuroso ó del formol, pero hemos de ejecutar la operación sin presión alguna, y resulta ilusorio el efecto.

Todo aquello que es bueno por algún concepto, puede convertirse en malo ó pésimo, según se utilice, y esto viene sucediendo con la sulfuración imperfecta que se hace en los puertos, no solamente de España, sino también del extranjero, quemando azufre sin aparato adecuado ó destapando sifones de ácido sulfuroso líquido. Hecha así la operación, el ácido no tiene la cualidad que veremos le hace eficaz, no posee bastante difusibilidad, se acumula en el fondo de la bodega ó cámara, no penetra ni se interpone en las mercancías, aunque no estén empacadas, y en resumen resulta ilusoria la desinfección. Esto ocasiona un mal muy grave; se trata de extinguir las ratas, pero huyen del fondo y costados de las bodegas y saltan á tierra á buscar un refugio que lo encuentran seguro, introduciéndose en las mercancías, infectándolas si no lo estaban, y desembarcan ignoradas en su interior, con lo cual el saneamiento ha servido para difundir la enfermedad, cuyo germen se trataba de atajar. Además, el ácido sulfuroso y el formaldehido, se obtienen, el primero por combustión directa del azufre y el otro por evaporación; y no hay quien se arriesgue, sin cometer una gran imprudencia, á operar con fuego en una bodega cargada, y tampoco vacía, por la responsabilidad que contraería en caso de incendio. Se nos objetará que al producir anhídrido sulfuroso, el incendio no es posible, porque se opera á toda combustión; pero por muchas precauciones que se tomen, el incendio puede tener lugar antes de que se acumule cantidad suficiente de anhídrido

para evitarlo, y aun cuando lo extinguiera, no dejaría de destruir ó inutilizar alguna cantidad de géneros, que el empleo sanitario tendría que indemnizar.

Teniendo otros medios de desinfección que reúnen mayores ventajas, inútil es decir que los existentes en este puerto deberán ser sustituidos por otros más modernos.

JOSE MARGENATS PUIG.

RELACIONES ENTRE LA CIENCIA Y LA FE

En el vasto campo de nuestros conocimientos actuales ó posibles, fácil es reconocer tres regiones distintas, si bien sus límites aparecen frecuentemente mal precisados y sus fronteras confundidas.

Los fenómenos materiales, los hechos positivos, sensibles, sus causas inmediatas, las leyes que los rigen, lo desconocido en el tiempo y lo desconocido en la naturaleza: componen el dominio particular de la Ciencia, la cual abarca en el tiempo y en el espacio los seres infinitamente grandes y los infinitamente pequeños, es decir: el universo material todo entero.

Los hechos intelectuales y morales observados con la ayuda de la conciencia, las verdades primeras, las causas sustanciales, las cuestiones de origen ó de finalidad, el ser necesario, el ser contingente, inmaterial y libre, todas las realidades de un orden superior conocidas por las luces naturales de la razón: componen el dominio de la Filosofía.

Las relaciones de la criatura con el Creador, los destinos inmortales del hombre conocidos por una luz supra-racional, Dios, según palabras de Santo Tomás, considerado como la causa suprema, no solamente tal cual la razón puede concebirlo, sino como El se conoce á sí mismo, según nos ha comunicado por la revelación: componen el dominio de la Teología.

He aquí las tres grandes regiones que el espíritu humano ha explorado y explora aún todos los días y en todos sentidos.

No hay un solo conocimiento humano que no pertenezca á uno de estos tres órdenes, y todos tres tienen una realidad perfecta.

Al considerar las tres definiciones objetivas que acabo de dar, la mente distingue con toda claridad los tres campos como verdaderamente separados y con vida propia, pero también sin ninguna oposición recíproca. Pero si se trata de determinar las relaciones jerárgicas entre estos tres poderes, sus derechos respectivos, sus títulos á la estimación y al reconocimiento del género humano, los límites que cada uno de ellos debe respetar: inmediatamente estallan las disputas, nacen y crecen las pretensiones, los errores más monstruosos se agitan en las fronteras comunes, y hace algunos años no se ve otra cosa que violaciones de territorio, usurpaciones, confusión y anarquía.

La ciencia Sagrada reinó mucho tiempo en paz y sin rival, y nadie, aun de entre sus más decididos adversarios, se atreverá á negar de buena fe los inmensos servicios que prestó á la civilización, á las letras y á las ciencias, que no tuvieron por muchos siglos otro abrigo que sus alas maternas.

La filosofía se emancipó la primera de la tutela religiosa, y no satisfecha con afirmar su independencia, tal cual se la reconocía la Teología, no contenta con sustituir al papel de servidora el de poderosa aliada, que podía reivindicar con buen derecho, negó toda autoridad que no fuese la suya, negó lo sobrenatural, y, por consecuencia, la Teología. En justo castigo la filosofía sufre ahora la pena del Talión. Representantes más ó menos autorizados de la Ciencia surgen por todas partes, y no admiten otros conocimientos que los experimentales, ni otros fenómenos que los tangibles, fatalmente encadenados entre sí.

La escuela positivista, más activa y más poderosa que nunca, considera las cuestiones de origen, de sustancia, de causa primera, de causa final, colocadas fuera del alcance de la observación sensible, lo que es verdad; y añade que son absolutamente inaccesibles á la razón, y esto es absolutamente falso.

La escuela materialista va más lejos. Si rechaza la autoridad de las ciencias morales no es para declarar vacante su trono, sino más bien para ocupar su puesto. Se apodera de todos los problemas metafísicos y religiosos y pretende resolverlos; á sus ojos la Filosofía no es más que una Física refinada, cuyos elementos son equivalentes, llámen-seles ideas ó átomos, fuerza ó voluntad, inteligencia ó movimiento. Unos y otros, positivistas y materialistas, repudian lo inmaterial con la misma audacia, con el mismo desenfado con que los racionalistas rechazan lo sobrenatural, y destruyen de un golpe la Metafísica y la Teología.

Estas tristes luchas que presenciarnos, estas revoluciones insensatas de la Ciencia contra la Metafísica y la Revelación ¿son consecuencias necesarias de la naturaleza misma de las cosas?—¿Es preciso admitir que hay contradicción entre los datos positivos de la experiencia y las enseñanzas de la Fe, entre el testimonio de los sentidos externos y el del sentido común?—Tanto valdría á renegar para siempre de los grandes siglos, de los grandes genios, de las glorias todas del pasado. Pero nó, la verdad científica, la verdad filosófica y la verdad religiosa reflejan los aspectos diversos de una misma verdad eterna, son los rayos de un mismo sol y las manifestaciones múltiples de una sola luz.

De que la Ciencia y la Teología tengan principios, métodos y fines diferentes, tan sólo podría deducirse lógicamente que la Razón y la Fe representan dos órdenes distintos, pero no opuestos. Más aún; un sencillo examen y comparación de los principios y fines de la Ciencia y de la Teología nos conduce á dos importantísimas conclusiones: primera, representando la Ciencia y la Teología dos órdenes distintos de cosas, ha de haber necesariamente entre ellas cierta relación de superior á inferior, en razón directa del mayor ó menor grado de excelencia de los principios y fines de ambos órdenes; segunda, siendo el principio y apoyo de la Ciencia la razón finita del hombre, que muchas veces se engaña y engaña á los demás, y el principio y apoyo de la Teología la revelación soberana de Dios, que ni puede engañar ni engañarse, siendo por otra

parte el término de la Ciencia el universo material y sus leyes, que acaban necesariamente donde acaba el mundo visible, y el término de la Teología Dios, conocido y amado por el hombre, sin más límites que la misma eternidad: resulta evidente, con luz meridiana, que á la Teología corresponde, con justísimo derecho, la supremacía entre todas las Ciencias. Es, por lo tanto, la razón inferior á la Fe; pero esta inferioridad no implica el carácter de esclavitud, ni de hostilidad, sino más bien el de una amigable, digna y estrecha alianza, como amigablemente unidos y abrazados salen dos rayos luminosos de un mismo foco.

Y si de la consideración de estos principios generales descendemos al campo de la Historia de la Filosofía y á la Historia de las Ciencias, quedará una vez más corroborada nuestra tesis, al ver que jamás se cernió la razón en alturas más radiantes de pura verdad que cuando voló en alas de la Fe, al impulso soberano del mismo Creador. Y sino decidme ¿qué vale un Platón al lado de un San Agustín, ni cómo comparar á un Aristóteles con un Santo Tomás de Aquino? Cuantas veces la Razón no ha tenido, ó ha rechazado la tutela de la Fe, la historia de la Filosofía no ha sido más que la historia de todas las demencias y absurdos de la soberbia humanidad caída.

JUSTO BLANCO OCHOA, Sch. P.

(Se continuará)

LA ENSEÑANZA Y LA LEGISLACIÓN ESPAÑOLA

en orden á su ortodoxia

VII.

Sucintamente expuestas dejamos en nuestro último artículo las razones que militan en pro de los indisputables derechos de la Iglesia para vigilar que la enseñanza sea en nuestra nación pura y ortodoxa de todo en todo; razones que, por su solidez y consistencia, son realmente incontrastables.

Y cuenta que, conforme á los principios de la sana crítica y á las reglas de la hermenéutica jurídica no cabe dar otra interpretación ni otro sentido á las disposiciones de la vigente Constitución del Estado, en la interesantísima materia que nos ocupa, que los propios, naturales y léxicos que hemos apuntado; y que obrar de otra manera, interpretarlas de modo distinto al enunciado, sería violentar el espíritu y el texto de la indicada ley, desvirtuarla y desnaturalizarla en absoluto y por completo, mayormente cuando la comisión confeccionadora de la misma declaró categórica y terminantemente en las Cortes que la enseñanza sería católica en nuestra patria.

Colítese en buena lógica de lo que expuesto dejamos, que en la esfera legal, en el terreno jurídico y en el orden del derecho constituído resulta incuestionable é inconcuso el que á la Iglesia asiste para vigilar directa y eficazmente porque la instrucción pública sea entre nosotros completamente católica, y en su consecuencia, que lo sean también los libros de texto, los programas y las explicaciones de los Profesores y Maestros de todos los establecimientos públicos y privados, y singularmente los primeros que costeados y retribuídos están con el dinero de los católicos que constituyen la inmensa mayoría, la casi totalidad de los españoles.

Es de advertir, empero, que desde la restauración de la Monarquía, si hay una Real orden, la de 26 de febrero de 1875, que prohíbe la enseñanza en los centros oficiales de otras doctrinas religiosas que no sean las del Estado, en cambio, en el expediente instruído contra los Profesores *espiritistas* de Lérida, la resolución que recayó no se inspira en el espíritu de dicha Real orden; lo cual acaece igualmente con la Circular cursada en marzo de 1881 á los Rectores de las Universidades, encargándoles que no opongan al ejercicio del Profesor otras trabas ni restricciones que las señaladas por derecho común á todos los ciudadanos.

Y hay que observar asimismo, con harto dolor del corazón genuinamente católico, que en el Real decreto de 18 de agosto de 1885, sobre Instrucción Pública, y en el Reglamen-

to para su ejecución de 20 de septiembre del propio año, imbuídos de un espíritu liberal asaz acentuado, si se contienen en ambas disposiciones legales cosas para los católicos muy admirables, se consienten y autoriza, en cambio, la creación de establecimientos libres de enseñanza disidentes de la Religión católica, sin otras limitaciones que las de no atacar la moral cristiana y de no poder colocar exteriormente letreros ó signos que indiquen el carácter disidente del establecimiento de que se trata.

Todo lo cual es manifiestamente contrario al último Concordato y á la Constitución de 1876, á cuyo espíritu, criterio y preceptos, mientras rijan, han de sujetarse estricta y rigurosamente todas las demás leyes y reglamentos que respecto de aquéllos no revisten otro ni más carácter que el meramente complementario, ó cosa así; de forma que si en algo contradicen ó discrepan de la ley concordada, ese algo hallarásese desprovisto de virtualidad jurídica y de validez legal; será nulo de toda nulidad.

Conforme á lo preceptuado en la legislación vigente sobre la materia, en las Juntas provinciales de Instrucción Pública figura un Sacerdote designado por el Prelado y en las localidades el Rdo. Cura Párroco; y en los Institutos provinciales, denominados hoy generales y técnicos, hasé restablecido la cátedra de Religión y moral que ha de desempeñar un Sacerdote con asistencia obligatoria de todos los alumnos que no nieguen por sí, ó sus representantes, su calidad de católicos, á tenor de lo consignado en la Real orden de 12 de julio de 1895; bien que el Conde de Romanones, cuando fué Ministro de Instrucción Pública, modificó substancialmente dichas disposiciones en sentido contrario á los intereses católicos, que después se derogaron en parte.

MANUEL CASASNOVAS SANZ.

LOS SITIOS DE ZARAGOZA

1808-1809

El P. Basilio Boggiero, Sch. P. (1)

PRIMERA PARTE

Muere el sol tras de los montes;
 Luctuoso gime el Ebro;
 El último cañonazo
 Suena con fúnebres ecos,
 Y las sombras de la noche
 Pausadas van envolviendo
 A la inmortal Zaragoza
 En crespó manto de duelo;
 Pues ya quedan pocos héroes,
 Y es más apretado el cerco,
 Y amarillo y desmayado
 Cunde el mortal desaliento:
 Ya tristes ayes resuenan,
 Llorando y cantando muertos;
 Ya la idea de entregarse
 Negra no va apareciendo;
 Cuando suena por los aires
 La voz del Padre Boggiero,
 Como en Atenas y Esparta
 Tronó la voz de Tirteo.
 Altos los brazos, luciente
 La nieve de sus cabellos,
 Cual diadema, que corona
 De la Fe y la Patria al genio,
 Sin miedo como Demóstenes
 Al tirano de su pueblo,
 Con hábito Calasancio,
 Que hábito es de Caballeros,
 Su voz resonó valiente,
 Como del rayo el estruendo,
 Como el rugir de los mares,
 Como la trompa de Homero.
 —«Hijos de Aragón» — exclama,
 Y lo repiten los vientos,
 Y las frentes abatidas
 Se levantan con denuedo.
 —«Hijos del Pilar» — les dice,
 Y se estremecen los pechos,
 Donde anidan de la Virgen
 Beneficios y recuerdos.
 «¿La Madre de Dios no vino
 A hablar al Hijo del Trueno,

Terror de moros y herejes
 A las riberas del Ebro?
 ¿No sois vosotros los hijos,
 Que á la sombra de ese templo
 Crecisteis para la patria,
 Cuando llenó el mundo entero?
 ¿No dominasteis los mares
 Barras de Aragón poniendo
 En los peces del Atlántico,
 Vasallos de vuestro cetro?
 ¿Más que vuestra independencia
 Queréis ominosos hierros?
 ¿Y más que la Virgen tiene
 La diosa Razón derechos?
 Si es así, francas las puertas
 Tenga el enemigo luego,
 Y entren en vuestros hogares
 Los volterianos ejércitos;
 El templo se empape en sangre;
 Huela á pólvora y no á incienso,
 Y la Virgen sacrosanta
 Ruede del Pilar al suelo.
 —«¡Eso nunca! ¡Antes la muerte!»
 —Rugieron con voz de trueno
 Los nobles zaragozanos
 En ira española ardiendo;
 Y el desmayado de pronto
 Se torna en soldado diestro;
 Los héroes brotan á miles,
 La mujer esgrime el hierro,
 Y heridos del amor patrio,
 Como inmenso alud cayeron
 Sobre las gálicas huestes
 Tornando más ancho el cerco
 Y cuando por la victoria
 Vuelven al hogar frenéticos,
 Redoblando los tambores,
 Y desnudos los aceros,
 Salen de sus fuertes pechos,
 Como estampido de júbilo,
 Vivas al Padre Boggiero.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA, Sch. P.

(1) Maestro y consejero de Palafox y autor de las proclamas y alocuciones que tuvieron encendido siempre el fuego del amor patrio en Zaragoza durante los dos sitios. Fué poeta, autor de varias obras y orador sagrado elocuentísimo.

EL POBRECILLO DE ASÍS

A S. Francisco de Asís no le han de perpetuar en la historia los lienzos, los bronces, ni los mármoles; él se ha retratado en su innumerable familia de santos, de sabios, de místicos, de ascetas y hasta de políticos, que si llevaron con honra el cordón simbólico, fué porque reflejó cada uno de los hijos alguna de las prendas del padre y del sin segundo Patriarca en las Órdenes religiosas, como en el trono fué Felipe II, sin segundo.

Basta recorrer á la ligera el santoral seráfico y ver esparcidas con profusión las bellísimas flores de virtud que brotaron de los pensiles franciscanos, para comprender desde luego la savia vital que entraña el árbol siete veces secular, y que tantas almas justas ha dado á la santa república del cielo y tantos sabios á la república de las letras.

De sus claustros salieron S. Buenaventura, que escribió en los corazones la mística con lumbres del cielo y destellos de la gloria; el ángel de la penitencia, S. Pedro de Alcántara, de quien decía Sta. Teresa de Jesús, que sus manos y rostro parecían hechos de raíces de árbol; el P. Lerchundi, que consiguió recientemente en Marruecos con su caridad y dulzuras más triunfos que los Cónsules, con su sagacidad y hábil diplomacia el Cardenal Richelieu, que hizo grande á Luis XIV, y entre todos y sobre todos el Regente de España y la gloria más pura y más grande del mundo, el Cardenal Jiménez de Cisneros, reformador de Conventos y de soldados, fundador de Universidades, de escuelas, de asilos y templos de misericordia, y todas estas hazañas y aptitudes en cuerpo enjuto y en complexión recia, limpia y genuinamente española. La gloria de S. Francisco se vé todos los días en sus hijos: *Gloria ejus omnibus diebus ejus* (1).

¿El mejor de los padres no tendría los mejores hijos? ¿Y qué otra cosa podía esperarse de ese atleta del amor, que un

(1). Este fué el texto de la plática dirigida á las religiosas Terciarias de Celanova el 4 de octubre de 1907.

día dijo adiós á sus parientes y dejó en pos de sí espléndida morada, dorado palacio y un porvenir lisonjero y brillantísimo? ¿Qué otra cosa podía esperarse de un hombre divinamente enamorado, que al ver á Jesús en la Cruz llora como un niño, se derrite su corazón, se llena de ternuras, se torna en pobre evangélico y solo suspira y siente nostalgias por el bien infinito y perdurable?

El amor que S. Francisco tuvo á Dios se elevó á su más alta potencia, y el apretado y tierno abrazo que dió á su señora, la virtud de la pobreza, le hizo poderoso. Estas son las dos consideraciones en que deseo fijen su atención los lectores de la *Academia Calasancia*. Al Escolapio le cuesta trabajo dejar correr el mes de octubre en que la Iglesia festeja á S. Francisco, sin recordar al santo que bajó del cielo al suelo para alentar y fortalecer á S. José de Calasanz y gran Pedagogo de la niñez y juventud, en la obra magna de regenerar la Patria por medio de la enseñanza. Eran Francisco y José de Calasanz dos potentados que se hicieron pobres, y dos pobres que se volvieron inmensamente ricos. S. Francisco de Asís fué el personaje que resolvió la cuestión social del siglo XIII, y S. José de Calasanz el regenerador de la sociedad en el siglo, llamado nuestro, por fallo de la justicia, y el enviado de Dios para hacer frente, por medio de letras buenas, al enemigo de sus tiempos, el Protestantismo. S. Francisco de Asís cuidó del pobre esclavo, y S. José de Calasanz de lo mejor que hay en el mundo, de lo más simpático y de lo que Dios más quiere, los niños pobres del Evangelio, el porvenir de los pueblos, hoy media sociedad y mañana la sociedad entera. S. Francisco de Asís derribó á los poderosos encastillados en su soberbia, y S. José de Calasanz sostuvo á los humildes para que no cayesen en el arroyo, donde Lutero había arrojado la estatua del pudor pasando por cima de ella las olas inmundas de la corrupción.

Ciñéndome á mi propósito, diré como amó á Dios San Francisco, para que leyendo aprendamos á amarle como él, y estudiando atentamente á S. Francisco percibamos una chispa del fuego en que él ardió, para que se abraze también en

vivas llamas y suaves incendios toda la casa de nuestra alma.

S. Francisco amó á Dios como ninguna otra criatura le ha sabido amar. Le amó en el ave que canta, en la tórtola que gime, en la paloma que arrulla, en el ruiseñor que gorjea y en el corderillo que bala. Le amó en las serenas y cristalinas corrientes del agua que fertiliza y empapa la tierra, para que rompa en doradas espigas y árboles espléndidos que se inclinen bajo el peso de sazonados frutos. Le amó en las brisas que refrigeran, en el sol que calienta y cuyos rayos alegran y vivifican; en la luna de mirar apacible, fanal de la noche, imán amoroso de las olas y consuelo del caminante. Le amó en el cielo estrellado, en el mar cuyas temerosas ondas se levantan hasta las nubes, agitadas por recios vientos; en el campo que sonrío, matizado de flores, en el arroyo que murmura, en las cascadas que se despeñan, como cataratas del cielo, para castigar las maldades de la tierra, y en el monte que ciñe corona de nieve, collar de brezos y alfombra de líquenes. Le amó en el enfermo que padece, en el pobre que no vé en torno suyo más que privaciones y en el desterrado que llora. Le amó como le aman los amantes enamorados de las ternuras y magnificencias de Dios, en la cuna de Belén, en las jornadas á Egipto, en la noche clara de Nazaret, en los episodios de la Pasión y en las tragedias de la Cruz. Le amó, en fin, como le amaba la esposa santa que decía: sostenedme con flores, porque desfallezco de amor, *fulcite me floribus, quia amore langueo.*

Ninguno, como S. Francisco, contempló la obra de Dios en la naturaleza, las aves, las fieras, los animales domésticos, la luz y la tormenta, todo adquirió á sus ojos una como existencia divina: y del modo que el caudillo de Dios y el gran naturalista Linneo veía en el campo la sombra de Dios que pasaba á su lado, así veía S. Francisco los atributos del Todopoderoso en el espejo de sus obras: *per speculum in enigmate*: Preludio de la visión beatífica que él esperaba, y en la que contemplaría y gozaría de Dios como es en sí mismo: *videbimus eum, sicuti est.*

Si alguno se atreviese á decir que esto es lirismo y poesía, se

olvida de que á S. Francisco se le ha llamado el Orfeo de la ley evangélica, el alma más dulcemente mística de la Edad Media, y de que por su maravilloso modo de amar á Dios tenía en sus manos el secreto de los amores todos de todas las criaturas. Cierta día oyó balar á un corderillo, y enternecido Francisco, dijo al hombre que le conducía: «no le mates, porque ese corderillo me recuerda aquel otro de Dios, que fué llevado al sacrificio sin exhalar una queja». Otro día los habitantes de Augubio se lamentaban de que un lobo hacía enorme destrozo en sus rebaños. Oyó el santo las quejas, salió al campo en busca del lobo, riñó su fiereza, y el noble bruto, como si fuese capaz de razón obedeció al santo, se fué con él á la ciudad y se convirtió en manso cordero con el que jugueteaban los niños. En cierta ocasión comiendo en compañía de Fr. León oyó el santo cantar en un árbol á un lindo ruiseñor, y lleno de asombro dijo: «¡oh hermano Fr. León! ¿no oyes ese pajarillo que canta melodiosamente y cómo nos invita con sus trinos á dar alabanzas á Dios». Pues cantemos á imitación suya, que es mucho mayor la obligación que nosotros tenemos de alabar y bendecir á Dios. «Padre, replicó Fr. León, mi voz es destemplada, canta tú que tienes mejor voz». «Enhorabuena que el ruiseñor y yo cantemos las alabanzas de Dios», y el bienaventurado Francisco, henchido de gozo, hacía vibrar las cuerdas ricas, dóciles y armoniosas de su garganta, pulsadas con la virtud de la caridad y volando sobre ellas la virtud de la esperanza, entonando con el ave dulcísimas melodías y angélicos cantares que en derechura y línea recta subían al cielo y repercutían amorosamente en el Corazón de Cristo.

FELIPE GÓMEZ SEDANO, Sch. P.

(Se continuará)

Arbol Calasancio

Día 14 de julio de 1815.—El Obispo de Barcelona autoriza la fundación de las Escuelas Pías en la ciudad condal.

—Según noticias recibidas en esta redacción, resultó brillantísima la fiesta de la primera Comunión, celebrada en nuestro Colegio de San Fernando de Madrid, acercándose 170 alumnos á recibir el pan de los Angeles de manos del Excmo. Sr. Nuncio de S. S.

La plática preparatoria estuvo á cargo del Rdo. P. Rector del Colegio Melchor Rodríguez. La orquesta, compuesta por jóvenes escolapios y por alumnos sobresalientes del Conservatorio, salidos de la Escuela Pia y por ella costeados, llenó los aires de armonías arrebatadoras y de ritmos cadenciosos.

El Sr. Nuncio de S. S. quiso dejar un recuerdo á los niños, repartiéndoles con profusión libros y cuentos piadosos.

—*Gran Festival de la Educación Física en el internado de Sarriá.*— El número de concurrentes fué extraordinario, ascendía á más de 7,000 personas, llenando por completo las galerías del patio principal del edificio y situándose otros espectadores de pie en la baranda de la parte superior del terraplén que da á la parte del bosque.

Los alumnos verificaron con gran lucidez varios ejercicios gimnásticos, de equitación, de esgrima, carreras á pie, con zancos, triciclos y bicicletas y el juego del diávolo, mereciendo las siguientes recompensas.

Premio de don Plácido Marcet, para el campeonato de anillas, lo obtuvo don Ramón Graells.

Premio del ministro de Fomento señor González Besada, para el campeonato de paralelas, don Luis Marimón.

Premio de la Diputación provincial, para el de saltos de altura, don Paulino Yáñez.

Primer premio del concurso de diávolos, de don Francisco Simó, don Félix Trull.

Segundo premio del mismo concurso, del Rector del Internado, don Pablo Soler.

Tercer premio del mismo concurso, de las señoritas Simó, don Pedro Amado.

Premio del doctor Rodríguez Morini, para las carreras de zancos, don Félix Pomés.

Premio del Rector de la Universidad señor Barón de Bonet, para el campeonato de saltos de altura, don José María Roca.

Obtuvieron las dos cintas de la señora Tolosa para los ejercicios de salto, los hermanos señores Solanos.

El señor Castelló la cinta de la misma señora para las carreras de velocidad en triciclo.

Las cintas de doña Montserrat Carbó para las carreras de bicicletas, los señores Ordeix y Costa.

Las cintas para los ejercicios de equitación, de doña Antonia Burés de Torrents, doña Antonia de Carles de Ferrer, doña Balbina Garriga Malvey, señorita María Josefa de Llanza, doña María del Rosario de Die y señorita María Escriche y Mieg, fueron concedidas á don Angel y don Leandro Amezago, don Antonio Marfá, don Paulino Yáñez, don Juan Burés, don Francisco Torrents y don Francisco Llach.

Tan agradable fiesta terminó cerca de las ocho de la noche.

—*Escuela Pia de Igualada.*—En este mismo día 7 inauguróse la fachada del Colegio de Igualada; se instaló en la plaza una tribuna en donde tomaron asiento los Infantes D. Fernando de Baviera y D.^a María Teresa. El Muy Rdo. P. Calasanz Rabaza pronunció un discurso brillante, de amor, bondad y sumisión, en el que hizo ver rápidamente la obra eficaz de la Orden á que pertenece, é invitó, al terminar, á la Serenísima Infanta á que quisiera hacerles el honor de descubrir el escudo que corona el edificio del Colegio, en lo que quedaron inauguradas las obras de la fachada de aquella residencia. Visitaron después los augustos personajes el Colegio acompañados del Rdo. P. Rector y demás comunidad de la casa.

—*Nuestra última Epopeya Nacional.*—Este era el título del artístico programa de la Velada literaria del día 14, que para conmemorar el primer Centenario de la guerra de la Independencia celebraron los alumnos mediopensionistas y encomendados de este Colegio de San Antón.

La Velada estaba distribuída en tres partes: *literaria, musical y proyectada*, las que combinadas con exquisito gusto, dieron al acto un gran movimiento resultando una fiesta muy amena.

Todos los alumnos que tomaron parte estuvieron muy acertados en el desempeño de sus respectivos papeles. Se recitaron dos bellísimos romances del P. Jiménez Campaña, que nuestros lectores podrán ver en otra sección de este número y sucesivos. Se cantaron varias canciones catalanas del año 1808, armonizadas casi todas ellas por la señora doña Narcisa Freixa. La función comenzó á las seis de la tarde, hora sumamente oportuna en esta estación. El numeroso público llenó todo el salón y galería y las dependencias y pasillos adjuntos.

En este mismo día se inauguró la Exposición de trabajos caligráficos, artísticos y manuales, ejecutados por los alumnos durante el curso. Por falta de espacio en el presente número, hablaremos de ella en el siguiente.

—*Apostolado de la Oración de la Escuela Pia de Sarriá.*—Como en anteriores años, lucieron también en el presente los jóvenes internos de este Pensionado, para celebrar la función religiosa al Corazón Deífico.

El día 14 por la mañana, á las siete, hubo comunión; á las diez misa solemne cantándose la del Rdo. D. Mariano Viñas. Por la tarde, á las cinco, exposición de S. D. M. y canto del trisagio y motetes, por el orfeón del Colegio. Del sermón estuvo encargado el ilustrado Rdo. P. Bruno Rodríguez, profesor del Internado. Luego solemne procesión que recorrió los jardines del Colegio. Los pendones estaban confiados á los alumnos señoritos D. Francisco Torrens, D. Enrique Pontana, D. Tomás Barber, D. Rafael Vilaclara, D. José Vilaseca, D. Antonio de Monteys, D. Miguel Canals, D. Ramón Prat y D. José Prats.

Acompañó la procesión la banda militar *Cazadores de Alba de Tormes*.

Después de la procesión, bendición y reserva del Santísimo, disparóse un fantástico ramillete de fuegos artificiales, ejecutándose variadas piezas por dicha banda, siendo muy aplaudida la sardana *La eterna memoria*.

El palio era llevado por una comisión de la *Calasancia* y de la *Congregación Mayor* de esta capital.

—El Apostolado de este Colegio de S. Antón dedicó el día 26 á celebrar la fiesta del Sagrado Corazón; celebrando por la mañana nutrida y fervorosa comunión con plática del Rdo. P. Manuel Forcada, y por la tarde, con una bellísima procesión, siendo pendonista el señorito don Ernesto Ribalaiga. Figuraban en la procesión todos los alumnos de primera enseñanza y de comercio, encomendados y representaciones de la Congregación de los externos. La banda de la Casa de Caridad, que tan dignamente dirige el Sr. D. Eusebio Guiteras, acompañó al Santísimo, ejecutando después de la bendición y reserva algunas hermosas piezas de su repertorio.

—El 28 los alumnos vigilados y externos celebraron una Velada literaria musical bajo el título *Los tres reinos de la Naturaleza*. Todos los que tomaron parte fueron muy aplaudidos.

La parte musical á grande altura, como saben hacerlo los del orfeón del Colegio, bajo la experta batuta de los PP. José Bové y Pedro Bernadás.

RAMÓN PUIG.